

¡Ay!, me va a picar



Por: Gervacio

Sus delgadas piernas, que rememoran las de los famélicos hombres en los desiertos árabes, terminan en pies que arrastran unos zapatos deformados por los juanetes que traen tantos temores y resquemores a las mujeres; porque unas se los desean operar, y otras le temen a su cirugía, pues han escuchado de boca de quien ha sufrido la tortura del escalpelo y sus posteriores resultados desastrosos, eso sin contar con las que prefieren usar los zapatos deformes, pues sus pies no han perdido su principal objeto, caminar.

Esta mujer pertenece al último grupo, ya que tiene otras prioridades; además, en su corazón se encuentra la vocación del servicio, y como dijo el señor: "la caridad comienza por casa". Cuando ella se encuentra de vacaciones laborales, aprovecha la ocasión para visitar a sus queridos padres quienes viven en una ciudad capital de departamento distante, a unas cuatro horas en las veloces *vans* de pasajeros, cuando no hay obstáculos en la vía.

Sus padres, de origen campesino, se han ido quedando solos, pues todos sus hijos han formado sus hogares, excepto ella, quien no se ha casado y siente que es quien tiene la mayor responsabilidad con los viejitos. Por eso cuando los visita quisiera en pocos días resarcirlos de su ausencia y comienza a hacer un aseo como Dios manda. Todo aquello que considere inservible se bota al cesto de la basura; nadie se explica de donde salen toneladas de cosas inservibles si el año pasado había dejado todo como nuevo.

La claridad comienza por casa

Son días de casi 24 horas hurgando por aquí y por allá; raspando sin importar las altas horas de la noche, desinfectando con agentes clorados que le dan a los visitantes de turno la posibilidad de manchar sus prensas, pues cinco de los 6 costados son impregnados con el milagroso líquido. Ropa, copas, paquetes, alimentos y todo cuanto se le ocurre, pasa por sus manos.

Lógicamente, todo aquello que tenga vida es descubierto por aquella agente de la limpieza; ratones, cucarachas grandes, chiripas pequeñas, zancudos, mariposa y polillas, son barridos por la escoba que cada año dejará lustrosa la vivienda de este par de ancianos. En su archivo están presente los nombres de gorgojos, garrapatas, chinches, ciempiés y un sinnúmero de telarañas y restos fecales de tiernos murcielaguitos. En fin, todo rincón de la casa va quedando libre de la "mugre" que ella, junto a uno que otro sobrino reclutado involuntariamente, ha exterminado.

La mujer y la araña

Pero no importa cuanto tiempo lleve en la tarea, porque su ojo visor siempre está evaluando, pues es una mujer hiperactiva. Cuando definitivamente no hay más que hacer, decide visitar la oficina de su padre; como él es un campesino, trabaja en un lote de su propiedad en las afueras de una ciudad ubicada a 1.400 metros sobre el nivel del mar y con 24 grados de temperatura, que le dan las condiciones especiales para cultivar más de 300 palos, entre los que cuenta con naranjos de diferentes variedades y gran calidad, mandarina arrayana, aguacates criollos, guayaba, coco, plátano, papaya, pitahaya, guanábana, mango, sábila, tomate y que se yo que más cosas.

Es bien sabido que las plantas requieren de la polinización y naturalmente existen aves, insectos, reptiles, como aquella lagartija verde de más de 50 centímetros que por años acompañó al señor; además de los perros, los patos, los pavos y las gallinas cuida este paraíso. Es posible hablar allí de un equilibrio ecológico, en ese hábitat artificial.

El abuelo tiene una vieja casa en el lote, allí descansa luego de los largos momentos de atención a sus cultivos; aunque esta no es de bareque, denota el paso de los años; viejas columnas carcomidas por el gorgojo son ampliamente visitadas por tres especies de hormigas, desde las más pequeñas hasta unas pardas rojizas que advierten a los humanos de sus dolorosos piquetes producidos por la inoculación del ácido fórmico. De las columnas suspenden unos enmaderados que son el sostén de oxidadas tejas de zinc, casa y nido de varios cazadores que acechan tras su presa.

La casa posee dos habitaciones, una de ellas es el cuarto de "San Alejo", pues está lleno de trastos que el paso de los años ha acumulado como las canas en la cabeza del viejo. Al recomodarlos, se inicia el trasteo de los habitantes del lugar, hablo de aquellos que no son cogidos en fragancia por aquella inquisidora mujer.

Lo último que ella escarba es cada uno de los rincones de una vieja estufa de quemadores eléctricos; las bandejas, el horno y las gamuzas que le dan el aislante térmico son hurgados hasta la saciedad con palos extensores, pues son lugares donde no entra la mano de esta dama.

Lo que ella no sabe, es que aquel espacio ha sido la casa de un aterciopelado arácnido gamuzado, de más de diez centímetros, que cambia de visos entre el gris y el marrón. Los ocho ojos de la araña están atentos al primer rayo de luz que entra en su recinto, pues él es la señal para actuar frente a su única oportunidad de salvación.

La oscuridad del cubículo ha sido por tiempos la seguridad del arácnido y, hoy, precisamente una intrusa tenía que sabotear su hogar. La araña sólo se decidía a cazar cuanto alimaña se le atraviesa y en su conciencia sólo queda el remordimiento de aquel pollito que se comió por pura necesidad. Ahora que llevaba una semana sin probar bocado, tenían que llegar a atormentarla.

Por fin llegó el momento esperado, el rayo de luz apareció por arriba cuando la mujer abrió la puerta del horno, ella sabía que debía ser más rápida que aquel humano al que debía asaltar por sorpresa. Su instinto salvaje le hizo pegar un gran salto que le adhirió al blanco delantal de su depredadora. Mujer y araña abrieron tremendos ojos y luego se oyó un largo grito que nadie pudo escuchar, pues la impresión del encuentro paralizó araña y mujer al tiempo.

Esta no es la historia de la muchacha de los juanetes, es más bien la historia de una pobre arañita que pudo escapar de las garras asesinas de una señora con escoba, gracias a que en un segundo la adrenalina del peludo animal le permitió saltar y correr lo más lejos posible, ocultándose en las rendijas de una alcantarilla vecina.

Araña y mujer saben que tiene derecho legal a su territorio, pero esperan jamás verse cara a cara.